

lo que dijeron con su paro los estudiantes mexicanos, quieren volver a un mundo que ya no existe y no les importa llevarse a quien sea entre las patas.

Escuchar, dialogar, razonar entre todos: es seguro que quienes se acuerden para seguir este método tendrán las mayores posibilidades para que una renovación verdadera de la UNAM salga de este proceso y reanudarán con las mejores tradiciones de los estudiantes y los rectores que entre 1966 y 1972 contribuyeron a transformar esta Universidad que figura, lo decimos con orgullo, entre las mejores y más libres de toda América Latina.

(*La Jornada*, 15 de noviembre de 1986)

## UNAM. RECONVERSIÓN O RENOVACIÓN

*Adolfo Gilly*

La Universidad de masas no es un mal ni una desgracia, es una conquista del pueblo mexicano. Que muchos puedan estudiar, y que de esos muchos salgan algunos mal preparados y otros bien preparados, no niega la función de la UNAM, simplemente la ubica en una etapa de su evolución histórica. Los mal preparados no cierran el camino a los otros ni desvalorizan sus títulos: es ya hora de rechazar con voz airada la campaña interesada de desprestigio contra esa gran universidad democrática y creadora que es la UNAM y a favor de las universidades privadas, tal vez mejores en tal o cual aspecto aislado, pero jamás en formación general, investigación creadora, vida académica e influencia cultural sobre la vida mexicana.

Cifras sobre el rendimiento escolar tan preocupantes como las consignadas en el informe del rector Carpizo, obedecen por lo menos a cuatro factores:

- 1) Caída drástica del financiamiento a la UNAM, sobre todo en las ramas de investigación y docencia.
- 2) Preparación deficiente de los alumnos desde las escuelas de la SEP, que a su vez no podrá ser mejorada mientras los maestros reciban los magros sueldos actuales, la SEP apañe a los charros de Vanguardia Revolucionaria y quienes exijan la más elemental democracia reciban el trato humillante que se dio a los maestros de Oaxaca cuando vinieron a reclamar al DF, para escarmentar así a todos los maestros.
- 3) Repliegue de la movilización estudiantil en los últimos años, estimulado por la crisis y por las medidas autoritarias de las anteriores administraciones de la UNAM, entre las cuales no se pueden olvidar los ocho funestos años de la contrarreforma priísta del rector Guillermo Soberón y la ocupación de Ciudad Universitaria por el ejército en 1977.
- 4) Crecimiento concomitante de la intromisión y la in-

fluencia de las camarillas políticas y personales (atención, no digo de la política, digo de las *camarillas*, la mayor parte del PRI y aledaños, pero también de otros orígenes) y de relaciones corruptas de tolerancia mutua y compadrazgos intelectuales en el cuerpo académico, hecho denunciado por el mismo rector Carpizo en su diagnóstico, pero contra el cual, hasta hoy, nada se ha hecho, *porque en ese terreno nada puede hacerse desde arriba*.

Las medidas del Consejo Universitario no le entran a ninguno de estos puntos. Ellas son, ante todo, disciplinario-administrativas y se centran en los estudiantes, sin empezar por donde debe ser: cuerpo académico y administrativo, para después poder exigir a los estudiantes. Tengo al menos cuatro objeciones a esas medidas. A mi juicio, son:

a) *Selectivas*: tienden a crear condiciones más difíciles para los estudiantes que trabajan (80 mil, según desplegado de la Asamblea Universitaria de Profesores, *La Jornada*, 13 de noviembre, 1986), o los de familias más pobres (el 76.2 por ciento de las familias de estudiantes de la UNAM gana menos de dos salarios mínimos), no tanto por las cifras de las colegiaturas, que siguen siendo bajas, sino por las de los servicios administrativos y la obligación de asistencia a clases.

b) *Reductivas*: el acceso de unos y la exclusión de otros, tendencialmente discriminatoria contra los de menores ingresos y con familias de menor nivel cultural anterior, tenderá a acentuar la sociedad dual, a dividir al país en dos Méxicos: el que puede estudiar y encontrar trabajo; el que no y quedará marginado de casi todo. Es la misma lógica infernal que para los trabajadores plantea la *reconversión industrial*, en la cual coinciden autoridades y empresarios privados: liquidar todo lo que sea salario social —dentro del cual está la *educación* y en particular la conquista del acceso a la Universidad para los hijos de familias con menor salario— y que cada uno se arregle por sí mismo.

c) *Autoritarias*: esto se refiere en especial a los exámenes departamentales, que tienden a uniformar los contenidos de la enseñanza de los diferentes docentes. Como dice el desplegado antes citado, estos exámenes “violán la libertad de cátedra, son antipedagógicos, restringen la creatividad de los estudiantes y contribuyen a deteriorar el nivel académico.

Reivindicamos un proceso de evaluación permanente del trabajo escolar desplegado por los estudiantes, que supone considerar las asistencias, exposiciones, controles de lectura, trabajos de investigación, participación en clase, prácticas y exámenes”.

d) *Xenófobas*: me resulta inadmisible que se pretenda cobrar colegiaturas diferenciales y en dólares a los estudiantes extranjeros, en su inmensa mayoría latinoamericanos y de no muchos recursos (quienes los tienen se van a Estados Unidos o Europa). Así no se resuelve el menor problema económico de la UNAM y se establece en cambio un trato discriminatorio hacia quien quiso venir a aprender a nuestro país y seguramente llevará de regreso al suyo la influencia y las enseñanzas del sistema educativo mexicano y el respeto y el cariño al país que lo trató como igual para abrirle los caminos del conocimiento. Esta herida innecesaria y extraña a la tradición cultural mexicana es, para mí, uno de los síntomas más graves sobre el espíritu que campea en las medidas adoptadas.

Es cierto: es urgente mejorar la enseñanza y la investigación. Hay que elevar las exigencias y la disciplina en el estudio. Hay que terminar con profesores que hacen como que enseñan, alumnos que hacen como que estudian e investigadores que hacen como que investigan. Hay que romper el círculo vicioso que [se desprende] de los pactos corruptos entre unos y otros.

Pero para exigir a los profesores e investigadores, hay que empezar por tener en cuenta la brutal caída de sus salarios, cercana al 70 por ciento y superior a la de otros sectores. Tiene razón el rector cuando critica que haya profesores con dos tiempos completos u otras situaciones contrarias al reglamento. Pero debe decir también si con el salario de un tiempo completo y sin otros ingresos, el profesor puede vivir y estudiar como se le exige que lo haga: nadie va a rendir, trabajador intelectual o manual, mientras no se le pague. Después se podrá terminar de raíz con ausentismo y aviadores: quienes faltan sistemáticamente a clase, quienes firman y no aparecen nunca, quienes dejan sus clases a los adjuntos, quienes dicen investigar y no producen ni una triste ponencia, quienes llevan la misma ponencia a varios congresos, quienes viajan por cuenta de su institución y no rinden cuentas de qué estudia-

ron, qué enseñaron o qué investigaron. Hay que cortar la selección desde arriba, según el método de los favores y las camarillas. Son medidas necesarias también para restablecer la justicia y estimular los méritos y el esfuerzo de la multitud de muy buenos profesores e investigadores que trabajan en la UNAM y permanecen allí sin buscar los ámbitos mejor pagados de la empresa privada o de la función pública.

Pero todo esto es una lista de buenos deseos y propósitos morales y yo no quiero pasar por iluso. La UNAM es parte de nuestra sociedad y el PRI es a la vez el creador y el resultado de nuestras costumbres políticas, que también aparecen en otros partidos y otras instituciones. Por otra parte, las grandezas y miserias del ambiente académico no son monopolio de la UNAM o de las universidades mexicanas, son absolutamente universales. Pero si el rector quiere empezar a cambiar esos hábitos, como lo dijo en su mensaje inicial, debe saber que no lo logrará apretando los controles de arriba, sino mediante el método opuesto: la movilización y la participación democrática desde abajo de toda la comunidad universitaria.

(*La Jornada*, 17 de noviembre de 1986.)

## UNAM, MODELO ACADÉMICO DE LA MODERNIZACIÓN POLÍTICA

*Julio Moguel*

Toda una generación descubrió en las jornadas del movimiento del 66 en la UNAM el camino de la organización, de la lucha política, de la defensa de sus derechos y condiciones propias de su identidad estudiantil. Los profesores que en aquella época pensaban en sus cursos como un medio para inculcar en los alumnos el interés por lo social y por la *cosa pública*, que trabajaban penosamente para desprender algunos resultados limitados, casi de laboratorio, debieron sorprenderse favorablemente al ver que en unos cuantos días, en un resumen de años, se abrían masivamente las conciencias juveniles hacia una nueva y progresiva visión de lo social.

El movimiento estudiantil de 1966 incubó sin duda el que surgió potente, inesperado, luminoso, dos años después. Y sin el trauma y la derrota por la masacre de Tlatelolco, es seguro que dicho movimiento nacional de masas hubiera ofrecido frutos mucho más maduros y abundantes que los que pudo recoger la sociedad mexicana con la apertura del proceso de lucha estudiantil por la *democratización de la enseñanza* y la *vinculación popular*, desplegado en el curso de la primera mitad de la década del setenta.

Hoy han aparecido en la UNAM condiciones similares a las de aquel lejano 1966, aunque habrá que reconocer, para valorar el sentido en que puede perfilarse el conflicto abierto por las reformas de Carpizo, las diferencias que marcan a uno y otro movimiento por la propia herencia política del 68 y las movilizaciones de los setenta, así como por el peso que hoy puede tener en la escena política universitaria la existencia de un poderoso sindicato democrático, el STUNAM, construido a contracorriente del autoritarismo y conservadurismo institucional.